



ARCHDIOCESE OF DENVER

Familia: Sé lo que eres



Mons. Samuel J. Aquila, S.T.L.
Arzobispo de Denver

29 DE JUNIO DE 2014 • SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO

Copyright © 2014, Archdiocese of Denver, Denver, CO. All rights reserved.
No part of this work may be reproduced or transmitted in any form of by
any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording,
or by any information storage and retrieval system, without permission in
writing from the copyright holder.



ARCHDIOCESE OF DENVER

Familia:

Sé lo que eres

Mons. Samuel J. Aquila, S.T.L.
Arzobispo de Denver

29 DE JUNIO DE 2014 • SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

El Papa San Juan Pablo el Grande escribió en 1981: “¡El futuro de la humanidad se fragua en la familia! Por consiguiente es indispensable y urgente que todo hombre de buena voluntad se esfuere por salvar y promover los valores y exigencias de la familia”.¹

La relevancia y verdad de esta frase continúan vigentes hoy como lo fueron hace más de 30 años. De hecho, muchos de los desafíos que nuestra sociedad enfrenta el día de hoy se pueden conectar con la desintegración de la familia.

Esto es debido a que, como San Juan Pablo explica “la familia es la célula fundamental de la sociedad, cuna de la vida y del amor en la que el hombre ‘nace’ y ‘crece’”.²

Nuestra Iglesia se estará enfocando en la familia de una manera particularmente intensiva entre octubre de 2014 y hasta octubre de 2015. Este periodo comenzará con un Sínodo extraordinario de los Obispos en Roma donde se conversará sobre los desafíos de la familia en el contexto de la Nueva Evangelización. Continuará con el Encuentro Mundial de las Familias en Filadelfia a celebrarse en septiembre de 2015 y concluirá con el Sínodo ordinario de los Obispos en octubre de 2015.

El Papa Francisco no ha declarado un “año” oficial dedicado a estudiar y apoyar a las familias, pero yo creo que Dios, en Su providencia, nos ha dado este periodo para construir la vida familiar y redoblar nuestros esfuerzos para sostener “la cuna de la vida y del amor.”

Puesto que la familia y su futuro son de vital importancia para nuestra sociedad y para la Iglesia, he decidido escribir esta carta pastoral sobre la misión de la familia para ayudarlos a que “permanezcan firmes en la fe, tengan el valor y sean fuertes”.³ La vida en familia es un *gran regalo de Dios*. Sin embargo, muchas familias de hoy se sienten débiles y desmoralizadas. La vida familiar por todo del mundo está lastimada, fraccionada en muchos casos, y es mal entendida.

Mi esperanza es que esta carta les provea cimientos sólidos a los fieles

de la Arquidiócesis de Denver y a toda persona de buena voluntad, para responder de manera efectiva ante los retos que las familias experimentan hoy.

Esta carta está compuesta de tres partes. La primera explica cómo la misión y el significado de la familia vienen de la Santísima Trinidad. La segunda habla sobre los numerosos desafíos que la familia y el matrimonio afrontan el día de hoy. En la última parte, les ofrezco maneras prácticas con cuales las familias puedan vivir su misión y ser un lugar de amor y de vida.

Parte I

El Significado y Misión de la Familia

La primera familia y la Trinidad

Vivimos en una era de mucho ruido y mensajes que compiten por nuestra atención, y nos demos cuenta o no, somos influenciados por ellos. Es difícil navegar en estas aguas turbias y permanecer enraizados en nuestra fe, especialmente cuando la cultura predominante promueve la idea que “cada persona tiene su propia verdad”.

El Papa Benedicto XVI describió a la sociedad occidental de hoy como gobernada por una dictadura del relativismo⁴, por ello, toda conversación sobre la familia debería comenzar recordando sus orígenes en la creación de Adán y Eva. Al regresar a nuestros orígenes, podemos recuperar la verdad del significado y propósito de la familia.

La primera familia humana se formó por la unión entre Adán y Eva. En la historia de la creación escuchamos: “Y Dios creó al hombre a su imagen; lo creó a imagen de Dios, los creó varón y mujer. Y los bendijo, diciéndoles: «Sean fecundos, multiplíquense...».⁵ Y luego escuchamos: “Por eso el hombre deja a su padre y a su madre y se une a su mujer, y los dos llegan a ser una sola carne”.⁶ Ser “fecundos y multiplicarse” es una bendición dada por Dios al hombre y a la mujer por el bien de su unidad ¡la cual no se perdió en la caída!

Desde que Dios creó a la humanidad, “hombre y mujer, el amor mutuo entre ellos se convierte en imagen del amor absoluto e indefectible con que Dios ama al hombre”.⁷ Pero nuestra habilidad de reflejar el amor de Dios fue dañada en la caída de la gracia que tuvieron nuestros primeros padres cuando decidieron dudar de la bondad y el amor de Dios y desobedecer Sus mandamientos.

La verdadera buena noticia es que con Su muerte y Resurrección, Jesucristo restableció en las familias la habilidad de reflejar la unión en conocimiento y amor que está presente entre las tres Personas de la Trinidad. Con su sacrificio de amor, Él abre las “perspectivas cerradas a la razón humana, sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad”.⁸

Aquí, se nos presenta un reflejo del origen de nuestro deseo de amar y ser amados, de conocer a otros y darnos a conocer. Los Padres del Concilio Vaticano II explican que la razón por la cual el hombre “no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás”⁹ es que está creado a imagen y semejanza de Dios. Esto significa que estamos hechos para un nivel de comunicación que solo se puede tener a través del intercambio de amor y verdad por lo que no quedaremos satisfechos con menos.

El papel del matrimonio en la familia

¡La familia está llamada a la grandeza! Pero el día de hoy existe mucha confusión sobre la naturaleza y el propósito del matrimonio, el cual es el cimiento¹⁰ de cada familia.

¿Por qué se está viviendo esta confusión? Pudiéramos citar muchas causas intermedias, pero la raíz del problema es que los esposos y las familias no están viviendo de acuerdo al propósito por el cual fueron creados y no están acogiendo las gratificantes, aunque también exigentes, verdades reveladas por Cristo a través de su Iglesia.

Cuando los esposos se dan a sí mismos y comparten amor y verdad el uno con el otro, pueden reflejar la imagen de la Santísima Trinidad. Este compartir de la vida y el amor, por su parte, resuena en los corazones de sus hijos y contribuye a la instauración del Reino de Dios en la tierra. Dios

creó al mundo y a la raza humana a través del regalo de Su Palabra y soplo del Espíritu. De manera similar, los hombres y las mujeres participan en la creación al traer niños al mundo a través de su consentimiento mutuo y de su unión como una sola carne.¹¹

Tristemente, nuestra sociedad ha perdido el entendimiento de lo que es el matrimonio. En cambio, la cultura ha dado un giro dramático para promover al individuo y sus supuestos derechos, muchas veces a expensas de la familia. La idea del “sincero regalo de sí mismo” –aun en dentro del matrimonio– parece ser ahora irrelevante y una realidad distante. En la cultura occidental contemporánea, el matrimonio y la familia han sufrido las consecuencias de este giro. Y nadie ha resultado tan lastimado por esto como los niños, quienes merecen el amor comprometido y desprendido de sus padres.

Parte II

Los Desafíos de la Familia

Los bienes del matrimonio y los ataques modernos

Debido a que el matrimonio es la base sobre la cual se construye una familia, considero necesario dedicar tiempo a explicar lo que es y a examinar los varios ataques o distorsiones a este, presentes en nuestra sociedad. San Agustín nos enseñó que hay tres bienes que definen a un matrimonio. Estos son: el bien de los hijos, el regalo de la fidelidad entre los esposos, y el bien de una unión inquebrantable. Este último se puede entender como el testimonio dado en la unidad permanente del matrimonio, el cual tiene una directa relación con el matrimonio celestial entre Cristo y su esposa, la Iglesia.¹² Los invito a que mantengan presentes estos tres bienes, pues les pueden ayudar discernir entre lo que es un matrimonio y lo que no es. Para que una unión pueda ser un verdadero matrimonio, estos tres bienes tienen que ser siempre respetados. Si se les separa, entonces cualquier tipo de relación se puede considerar “matrimonio” y cualquier acto sexual puede ser justificado.

En las últimas décadas, la sociedad americana ha visto los tres bienes del matrimonio socavarse por una creciente confusión sobre la sexualidad, los anticonceptivos y el divorcio.

Cuando estuve en Rio de Janeiro, Brasil, para la Jornada Mundial de la Juventud, tuve la oportunidad de dirigir tres talleres de formación de la fe entre los jóvenes. En cada una de estas reuniones, los jóvenes tocaron el tema de las uniones entre personas del mismo sexo. Por un lado, estaban jóvenes que no veían la distorsión de tal propuesta, y por otro, había jóvenes molestos ante la aceptación de sociedad de uniones entre personas del mismo sexo.

Les expliqué que las uniones entre personas del mismo sexo no son matrimonios porque un verdadero acto conyugal no puede darse entre personas del mismo sexo. No pueden llevar a cabo los tres bienes del matrimonio y no pueden realizar entre ellos una verdadera comunión de una sola carne en cuerpo y alma. Pueden formar una unión de corazones y mentes, como en cualquier amistad, pero el matrimonio es mucho más que eso.

El matrimonio involucra no solamente una unión espiritual y emocional sino también una unión de la carne. Esta unión está fundada en la complementariedad del hombre y la mujer, la cual, como nos enseña el libro de Génesis, es un tipo de diferenciación de acuerdo a la voluntad de Dios para el beneficio y cumplimiento de los seres humanos. Esta complementariedad es la base de una única y *completa* “sociedad humana” (*societas*)¹³ que tiene como meta la formación y perfección de la vida interior de los esposos, para que juntos puedan crecer en virtud y en amor verdadero hacia Dios y a sus prójimos.¹⁴

Un punto central, quizá *el* punto central de la enseñanza cristiana –sin el cual no podemos ni entender la naturaleza del hombre y la mujer, ni tampoco la institución dada por Dios del matrimonio– es que esta sociedad y el amor que los une “están ordenados por sí mismos a la procreación y a la educación de la prole, con las que se ciñen como con su corona propia.”¹⁵ Esta es la personificación del primer bien del matrimonio que San Agustín explica. Aun por razones fuera de su control, si una pareja no puede concebir, ellos aún pueden compartir y realizar esta única comprensible comunión humana, fundada sobre la complementariedad del cuerpo humano y el compromiso permanente de los esposos.

No hay nada malo con la amistad y el amor entre dos personas del mismo sexo. Puede ser incluso un gran regalo. El desorden entra cuando la amis-

tad entre personas del mismo sexo se torna sexual. Puesto que el matrimonio está definido como la entrega total de cuerpo y espíritu, –por su naturaleza de ser “una sola carne”– la actividad sexual está reservada para los casados. Esta enseñanza cristiana es inmutable, no cambia.

Una de las grandes confusiones de los últimos 50 años es la idea de que la relación sexual es solamente un instrumento de placer, que no tiene un sentido mas allá. Hermanos y hermanas: esto es una falsa y destructiva idea. Es cierto que la relación sexual puede ser acompañada por gran placer, pero si separamos el placer de la entrega total y permanente entre los esposos en un matrimonio, confundimos nuestra identidad y dignidad humana, le damos mal uso a nuestro cuerpo y nos alejamos de Dios. Permítanme ser muy claro: *No solo los actos homosexuales, sino también los actos sexuales de toda persona no casada, son contrarios al plan de Dios para la prosperidad humana.* Como el Catecismo de la Iglesia Católica nos enseña: “El uso deliberado de la facultad sexual fuera de las relaciones conyugales normales contradice a su finalidad, sea cual fuere el motivo que lo determine”.¹⁶ No hacen realidad el verdadero amor en regalo total de sí mismos porque les falta uno de los aspectos de uno de los tres bienes del matrimonio, lo cual separa del amor verdadero.

A aquellos entre ustedes que tienen atracción por personas de su mismo sexo, les digo lo siguiente con el afecto de un padre: cargan una cruz pesada, sus luchas son más allá de lo que la mayoría de nosotros podemos comprender. Sus lágrimas no pasan desapercibidas ante Jesús. Él entiende sus necesidades y desea estar cerca de ustedes. Jesús los llama, como a todos los demás discípulos, a la castidad. Para los casados, la castidad significa respetar los bienes del matrimonio en todas las relaciones matrimoniales. Para los no casados, la castidad significa abstenerse de la actividad sexual. La castidad reconoce la dignidad del ser humano y nunca trata a la otra persona como un objeto para el placer. Reconoce la verdad, la dignidad, el sentido y el propósito de la intimidad sexual y requiere auto control, lo cual es difícil. *Pero con la ayuda de Cristo, la castidad es posible, pues sabemos por la fe, que “todo es posible para aquel que cree”.*¹⁷ La castidad es un regalo que nos da la libertad para amar como Cristo ama y que brinda alegría y paz al corazón humano.

Otro aspecto difícil de hoy para los católicos es lo que el Vaticano II define como la “transmisión obligatoria de la vida”.¹⁸ Hoy día, muchos tienen

temor a criar hijos. Le temen al costo y al compromiso. Temen traer un niño a un mundo lleno de pecado, egoísmo y sufrimiento. Y temen perder su libertad. Esto los tienta a usar métodos para evitar el embarazo, los cuales infligen daño espiritual y les lastima el matrimonio. En lugar de ver a los anticonceptivos como lo que realmente son –una barrera al amor del matrimonio y que motiva al egoísmo, así como algo que puede tener consecuencias graves en la salud de la mujer– los ven como una solución a un problema.

Cuando las parejas intencionalmente entregan su unión sexual a la esterilidad con el uso de anticonceptivos, están alterando el plan de Dios para la intimidad sexual para hacerla ya no unitiva y procreativa. Tristemente, ya sea que la pareja se dé cuenta o no, se están degradando a ellos mismos y su sexualidad al hacer de su unión algo por debajo de un regalo “total” de entrega de ellos mismos.

El lenguaje de cuerpos de mutua y total entrega se ve sobrepasado por los anticonceptivos, con un lenguaje inherentemente contradictorio que los priva de su fertilidad. Esto lleva no solo a rechazar a ser abiertos a la vida sino también a una falsificación de la naturaleza del amor matrimonial, el que se supone debe ser personal y un intercambio total del regalo de sí mismos.

Cuando el Papa Pablo VI escribió en 1968 la encíclica *Humanae Vitae* explicando el porqué la Iglesia considera que los anticonceptivos son pecaminosos y dañinos, también hizo predicciones sobre las consecuencias que pudiera generar el uso masivo de estos. Consideró que incrementaría la infidelidad, traería una “la degradación general de la moralidad”, causarían que el hombre perdiera respeto por la mujer, resultaría en la mujer rebajada a solo un “simple instrumento de goce egoístico” y promovería la creencia que deberíamos tener ilimitado dominio sobre nuestros cuerpos. Finalmente, predijo que los anticonceptivos se convertirían en un “arma peligrosa....en las manos de autoridades públicas despreocupadas de las exigencias morales”.¹⁹

Cuarenta y seis años después, ¿pudiera alguien dudar que cada una de la predicciones del Papa Pablo VI no se han hecho realidad? El problema fundamental causado por el uso de los anticonceptivos es que interfiere con el intercambio de amor entre los esposos y les aparta del poder creador de

Dios al que están llamados a participar. Pone nuestras expectativas muy bajas y falla en traernos felicidad verdadera y duradera.

El mismo problema surge con el uso de la fertilización in vitro y otras formas ilícitas de reproducción asistida. La Iglesia enseña que si una intervención tecnológica “asiste” las relaciones conyugales para lograr su correcto objetivo, entonces es moralmente legítimo usar la tecnología. Pero si un procedimiento “sustituye” el acto marital, entonces esa opción no es moralmente permitida.²⁰ Los niños tienen el derecho a venir a este mundo en el contexto de la entrega marital. Engendrar un hijo fuera del matrimonio es injusto para el niño y corrompe a las personas que lo hacen.

La Iglesia les enseña a los padres de familia a ser responsables y generosos con el don de la fertilidad. Es por ello que promueve el uso de métodos naturales de planificación familiar (NFP, por sus siglas en inglés), los cuales utilizan el conocimiento del ciclo de la fertilidad de la mujer para permitir que la pareja, en oración, decida si Dios los está llamando a posiblemente concebir una vida o si deben de abstenerse de intimidad. Una pareja debe de tener razones muy serias para decidir posponer tener un hijo. Y siempre deben de estar abiertos al regalo de la vida incluyendo en situaciones donde inesperadamente conciben un bebé.

Toda pareja que ha practicado la planificación natural (NFP) para posponer un embarazo por un largo tiempo, sabe que esto es un desafío. Uno de los dos puede presionar al otro para tener relaciones durante el tiempo que ambos han determinado como propio para abstenerse. Sin embargo, el sacrificio de la fidelidad vale la pena. Los esposos están llamados a ser pacientes el entre ellos y a someterse “los unos a los otros, por consideración a Cristo”.²¹ Los esposos deben de ser especialmente sensibles a las necesidades de sus esposas, entendiendo que ellas llevan una desproporcionada carga de trabajo tanto con el parto como con el cuidado de los hijos durante los primeros años. Las esposas deben de ser generosas con los esposos. Si las parejas han discernido que Dios quiere que esperen un tiempo antes de tener hijos, deben reconocer las dificultades que pudieran surgir. Deben de cuidar no distanciarse o no dejar pasar más tiempo en abstinencia de lo necesario. Deben estar unidos, para que, como San Pablo nos dice, “Satanás no se aproveche de la incontinencia de ustedes y los tienta”.²² Si las parejas se apoyan en las debilidades y soportan valientemente la disciplina requerida para la castidad matrimonial, tendrán tanto en su matrimonio

como en su vida como individuos “los frutos de paz y de justicia...”²³ El último de los bienes que describe San Agustín, la permanente unión del matrimonio, también se ha visto atacado. Desde 1960, el índice de divorcios en los Estados Unidos se ha duplicado, y ha llegado a cerca del 50 por ciento.²⁴ Esto ha llevado a la desintegración de innumerables familias, donde ambos, esposos e hijos, sufren las consecuencias que acompañan al divorcio.

El carácter permanente del matrimonio se remite al principio de la creación, como Jesús explica a los fariseos que le cuestionaron a cerca de la decisión de Moisés de permitir el divorcio. Cristo responde: “¿No han leído ustedes que el Creador, desde el principio, los hizo varón y mujer... ‘Por eso, el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y los dos no serán sino una sola carne’? De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Que el hombre no separe lo que Dios ha unido”.²⁵

Más aun, en el mismo pasaje del Evangelio donde los fariseos le replican a Jesús sobre por qué Moisés permitió el divorcio, Él les dice: “Moisés les permitió divorciarse de su mujer, debido a la dureza del corazón de ustedes, pero al principio no era así”.²⁶ Estas palabras son importantes el día de hoy para nosotros porque los corazones de muchos se dejan formar más por la sociedad y la cultura en que vivimos, en lugar de ser formados por el Evangelio de Cristo Jesús. Los corazones se han endurecido al permanente compromiso de toda la vida que es el matrimonio y el divorcio se ha convertido en algo más fácil para las parejas de hoy. Las parejas que realmente dan reverencia a Cristo, que lo colocan a Él primero en su matrimonio y que se aman como Cristo los ama, permanecerán fieles entre ellos incluso en los tiempos difíciles que tenga su matrimonio.

Si la familia ha de prosperar ante el reto de tantos desafíos culturales, entonces la Iglesia debe redoblar sus esfuerzos por enseñar acerca de la alegría, la belleza y los bienes que comprenden al matrimonio. La Iglesia debe responder a nuestra herida y escéptica sociedad con misericordia y verdad. Debe ser, como dice el Papa Francisco, como un “hospital de campaña tras una batalla” donde lo primero es “curar las heridas...las heridas necesitan curación”.²⁷

Parte III

Cómo Vivir la Misión de la Familia

Mensajeros del Evangelio del matrimonio

En diciembre de 2011, el Papa Benedicto XVI convocó en el Vaticano a miembros del Consejo Pontificio para la Familia para hablarles sobre cómo la evangelización de la sociedad está en estrecha relación con la familia. El Papa observó: “En nuestro tiempo, como ya sucedió en épocas pasadas, el eclipse de Dios, la difusión de ideologías contrarias a la familia y la degradación de la ética sexual, están vinculados entre sí. Y del mismo modo que están en relación el eclipse de Dios y la crisis de la familia, así la nueva evangelización es inseparable de la familia cristiana”.²⁸

Al anunciar un Sínodo especial sobre la familia a celebrarse en octubre de 2014 junto al Sínodo ordinario de Obispo de 2015, el Papa Francisco también reconoce esta conexión entre la familia y la evangelización de la sociedad, y pide a la Iglesia que enfoque sus energías en renovar la familia. Tres principales preocupaciones que el Sínodo debe tocar incluyen: la crianza de los hijos en hogares desintegrados donde solo uno de los padres está presente, proveer una atención pastoral efectiva para las parejas divorciadas que se “vuelven a casar”, y la mejora de la preparación matrimonial para que sirva tanto como un despertar espiritual para las parejas como también les eduque en la verdad, la bondad y la belleza del amor marital enraizado en la teología del cuerpo. Debemos ayudar a las parejas a que vivan el Evangelio en plenitud en una cultura devastada, escéptica y hostil. Ante todo, la Iglesia debe brillar e iluminar sobre la alegría de vivir una devota vida de familia cristiana.

La solución a los distintos problemas que afectan a los matrimonios y la vida familiar no es adoptar una pseudo verdad sobre el matrimonio o un falso enfoque pastoral que termina justificando el mal o contradiciendo el Evangelio. Por el contrario, la solución es tener fidelidad a la única Verdad que realmente salva a la persona humana: ¡Jesucristo! Lo que necesitamos hacer es transmitir la verdad sobre el matrimonio y la familia de acuerdo con el plan del Padre, como lo encontramos en la primera unión entre Adán y Eva, y con la alegría que viene de vivir la redención y la libertad del pecado que Cristo obtuvo para nosotros.

Con el fin de ayudarles a vivir el llamado de hacer de Jesucristo y la Iglesia los cimientos de sus familias, les quiero proveer algunas maneras prácticas que les apoyen en formar a sus familias donde Cristo y su Iglesia sean los pilares.

La primera manera es fundamental ya que se trata del encuentro personal con Jesucristo, quien nos lleva al encuentro con el Padre y el Espíritu Santo. Al abrir nuestro corazón a un encuentro personal con cada persona de la Trinidad y al entrar libremente en comunión de amor con la Trinidad, nos vinculamos a Cristo y a la Iglesia. Esto lo logramos a través de la oración personal y especialmente a través de la lectura devota de los cuatro Evangelios. A ejemplo de San Ignacio de Loyola y muchos otros santos, colóquense a ustedes mismos en la historia del Evangelio, escuchen con su corazón lo que Jesús está diciendo y encuéntrense con sus Su compasión sanadora, Su misericordia y Su amor. Esta experiencia los llevará a una relación de corazón a corazón con Él.

Lo que nos lleva a la siguiente forma, la cual es vivir la vida sacramental de la Iglesia, especialmente en los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación. Santificamos las fiestas asistiendo a Misa cada fin de semana y nos confesamos regularmente, por lo menos una vez al mes, para experimentar la misericordia y el perdón de Jesús y crecer en las virtudes. Estos sacramentos fortalecen nuestra relación con la Trinidad, fortalecen el amor entre los esposos y para sus hijos, y construyen vida de familia al mantener a Cristo como el centro de ella.

El tercer paso es orar juntos como familia. Como dice el adagio, “las familias que oran unidas, permanecen unidas”. Ello comienza con los esposos orando juntos, y luego orando con sus hijos. Orar con los hijos antes de comer, antes de tomar decisiones importantes, antes de dormir, y en otros momentos juntos, son todas posibilidades de presentarnos ante Dios para elevar nuestros corazones hacia Él. Así mismo, tener imágenes sagradas en casa así como crucifijos en cada recámara, son un constate recuerdo que Dios es el primero en nuestra vida y que solo a Él lo alabamos.

La cuarta manera práctica es aprender más sobre nuestra fe. En la Arquidiócesis de Denver estamos bendecidos con la gran cantidad de programas parroquiales y diocesanos como Encuentro Matrimonial, Movimiento Familiar Cristiano, “Ese Hombre eres Tú”, la Escuela Bíblica, Centro San Juan Diego, Endow y el Augustine Institute, solo por mencionar al-

gunos. Todos estos programas pueden ayudarles a encontrarse con Cristo y a crecer como familias.

Finalmente, es importante que demos testimonio de la buena noticia que representa nuestra vida de familia en el ámbito público. Demasiados corazones y mentes cristianas han sido formados de acuerdo a la cultura que vivimos y muchos de ellos han abandonado su fe a las puertas de la Iglesia, en lugar de trabajar por la transformación de la cultura y la sociedad como el Concilio Vaticano II nos enseña. Demasiados corazones se han endurecido hacia el Evangelio, han volteado a falsos dioses e ídolos vacíos y se han convertido en “guías ciegos”. En los debates de hoy, es vital que los católicos demos testimonio de la verdad del matrimonio, la familia y la dignidad de la vida humana desde el momento de la concepción hasta la muerte natural.

Para concluir esta carta, me gustaría contarles la historia de algo que sucedió cuando era yo el Obispo de Fargo, la cual ilustra la verdad y belleza de la enseñanza de Cristo sobre cómo el matrimonio y la familia brindan felicidad y alegría:

Consciente de la amplia confusión e ignorancia que existe sobre la enseñanza de la Iglesia a cerca de la sexualidad y los anticonceptivos, les pedía a las parejas preparándose para casarse que tomaran un curso completo de planificación familiar natural y que aprendieran sobre la teología de San Juan Pablo II sobre el cuerpo. El término de “teología del cuerpo” se refiere a la explicación que este Papa ofrece sobre cómo se puede aprender sobre la identidad profunda de la persona humana y su propósito a través del estudio del lenguaje del cuerpo, la sexualidad y el matrimonio. Muchas de las parejas se resistían al principio, sin embargo, conforme iban escuchando, sus corazones iban cambiando, se abrían y eran receptivos a la enseñanza.

Una carta que recibí de una joven captura el cambio de corazón del que he estado hablando. Escribió: “Al principio estaba muy molesta porque tenía que tomar los cursos de planificación familiar natural y de la teología del cuerpo. Pero ahora, señor Obispo, aunque estoy muy agradecida por lo que he aprendido, al mismo tiempo me siento enojada y le pregunto: ‘¿por qué esto no se enseña al nivel de escuela preparatoria? Me hubieran salvado mucho dolor y tristeza en la universidad si me hubieran enseñado esto más

temprano y no hubiera escuchado la voz del mundo. Mi hermana menor aún está en la preparatoria y le voy a enseñar lo que he aprendido para que ella no cometa los mismos errores que yo cometí”.


La historia de esta chica puede ser contada un sinnúmero de hombres y mujeres si llegan a escuchar a cerca de los bienes del matrimonio y la familia, y sobre el significado, verdad y dignidad de la sexualidad humana. La buena noticia sobre la virtud de la castidad y la preservación de la virginidad hasta el matrimonio, necesita ser enseñada claramente, si no es así, la sociedad y los medios de comunicación continuarán sobajando el significado, el regalo y la belleza de la familia y la sexualidad humana.

Toda solución a muchos de estos problemas debe construirse sobre cimientos firmes ya que la familia es el espacio humano donde cada uno de nosotros nos encontramos con Cristo. Como claramente lo muestran los Evangelios, el encuentro con Cristo se debe dar primero. Dicho encuentro cambia hasta el corazón más duro. El Papa Francisco nos recuerda: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”.²⁹ Si la Iglesia ha de tener éxito en llevar la buena nueva sobre la alegría del matrimonio y la familia al mundo, debe primero enfocar todas sus energías en fortalecer a las familia y a ayudarles a convertirse en ser la primer escuela de vida cristiana para sus hijos donde estos sean testigos de cómo sus padres reflejan el generoso amor sacrificial de la Trinidad.

La familia de hoy se encuentra ante muchos obstáculos y amenazas, por ello entiendo que no es posible que cada situación difícil de familia sea precisamente resuelta. Pero también sé que con la gracia de Dios, cada persona y situación pueden reflejar más de cerca el íntimo intercambio de amor, al cual todos fuimos creados para experimentar. Por la fe y por experiencia personal sé que los corazones pueden ser transformados y sanados a través de un encuentro con Jesucristo. Solo Él puede otorgar esa paz y alegría en la familia que nadie puede quitar. Con Su gracia y misericordia, todas las familias pueden responder al desafío planteado por San Juan Pablo el Grande: “Familia: sé lo que eres... una comunidad de vida y amor”, que encontrará su última realización en el cielo.³⁰

¡Que el Señor los bendiga a cada uno de ustedes, y que bendiga a todas las familias con especial abundancia de Su gracia en este tiempo de renovación para la familia!

Sinceramente suyo en Cristo,

A handwritten signature in black ink, reading "Samuel J. Aquila". The signature is written in a cursive style with a large, sweeping initial 'S'.

Mons. Samuel J. Aquila, S.T.L.
Arzobispo de Denver

29 de junio de 2014
Solemnidad de San Pedro y San Pablo

Notas

- 1 Papa Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Familiaris Consortio (FC), 86.
- 2 Papa Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Familiaris Consortio (FC), 40
- 3 1 de Corintios, 16,13. Todas las citas bíblicas en español son tomadas de la edición 1990 de El Libro del Pueblo de Dios (La Biblia) del Vaticano.
- 4 Homilía del Cardenal Joseph Ratzinger en la Misa Pro Elijiendo Pontífice, 18 de abril de 2005.
- 5 Génesis 1, 27-28a.
- 6 Génesis 2, 24.
- 7 Catecismo del la Iglesia Católica (CCC), 1604.
- 8 Constitución Pastoral del Concilio Vaticano II, Gaudiun et Spes (GS), 24.
- 9 Ibid.
- 10 Cf. CCC, 2202.
- 11 Cf. CCC, 2205.
- 12 Cf. San Agustín of Hipona, De bono conjugali (Sobre la bondad del matrimonio), 3.
- 13 Catecismo del Concilio de Trento, publicado en 1566.
- 14 Papa Pio XI, Cf. Casti Connubii, 23.
- 15 GS, 48.
- 16 CCC, 2352.
- 17 Marcos 9,23.
- 18 GS, 51.
- 19 Papa Pablo VI, Encíclica Humanae Vitae, 17.
- 20 Congregación para la Doctrina de la Fe, Donum Vitae, II, B, 7.
- 21 Efesios 5,21.
- 22 1 Corintios 7,5.
- 23 Hebreos 12,11.
- 24 Cf. W. Bradford Wilcox, *The State of Our Unions: Marriage in America (El estado de nuestras uniones: El matrimonio en Estados Unidos)* 2011, 67, 69.
- 25 Mateo 19, 4-7.
- 26 Mateo 19, 8.

- 27 Cf. “*Con el corazón grande y abierto a Dios,*” entrevista con *La Civiltà Cattolica*, 30 de septiembre de 2013.
- 28 Discurso del Papa Benedicto XVI a los participantes en la Plenaria del Consejo Pontificio para la Familia, Sala Clementina, 1 de diciembre de 2011.
- 29 Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelium Gaudium*, 1.
- 30 Cf. FC,17.

Para mayor información visite
archden.org/familia

“¡La familia está llamada a la grandeza! Pero el día de hoy existe mucha confusión sobre la naturaleza y el propósito del matrimonio, el cual es el cimiento de cada familia.”



Excelentísimo Monseñor Samuel J. Aquila, STL
Arzobispo de Denver

